

LA ISLA DE LA ESPERANZA

Inglaterra, la Europa ocupada y la
fraternidad de pueblos que cambió
la Segunda Guerra Mundial

LYNNE OLSON



LA ISLA DE LA ESPERANZA

Inglaterra, la Europa ocupada y la
fraternidad de pueblos que cambió
la Segunda Guerra Mundial

LYNNE OLSON

DESPERTA FIERRO

EDICIONES

LA ISLA DE LA ESPERANZA

Inglaterra, la Europa ocupada y la
fraternidad de pueblos que cambió
la Segunda Guerra Mundial

LYNNE OLSON



La isla de la esperanza
Olson, Lynne
La isla de la esperanza / Olson, Lynne [traducción de Javier Romero Muñoz].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2018. – 544 p. ; 23,5 cm – (Segunda Guerra Mundial) – 1.ª ed.
D.L.: M-12048-2018
ISBN: 978-84-946499-9-8
94(4) "1939-1945" 94(420)
355.404 342.395.3

LA ISLA DE LA ESPERANZA

Lynne Olson

Título original:

Last Hope Island

This translation is published by arrangement with Random House, a division of Penguin Random House LLC.

Traducción al español según el acuerdo de derechos concertado con Random House, una división de Penguin Random House LLC.

© 2017 by Lynne Olson
ISBN: 978-0-8129-9735-4

© de esta edición:

La isla de la esperanza

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

© de las imágenes:

Todas proceden de la Library of Congress o son de dominio público, excepto en las que se indique otra fuente.

ISBN: 978-84-946499-9-8
D.L.: M-12048-2018

Traducción: Javier Romero Muñoz

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: junio 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2018 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

DESPERTA FERRO



Para Stan y Carly,
como siempre

EDICIONES

ÍNDICE

Nota de la autora	ix
Introducción	xiii
<i>Dramatis personae</i>	xix

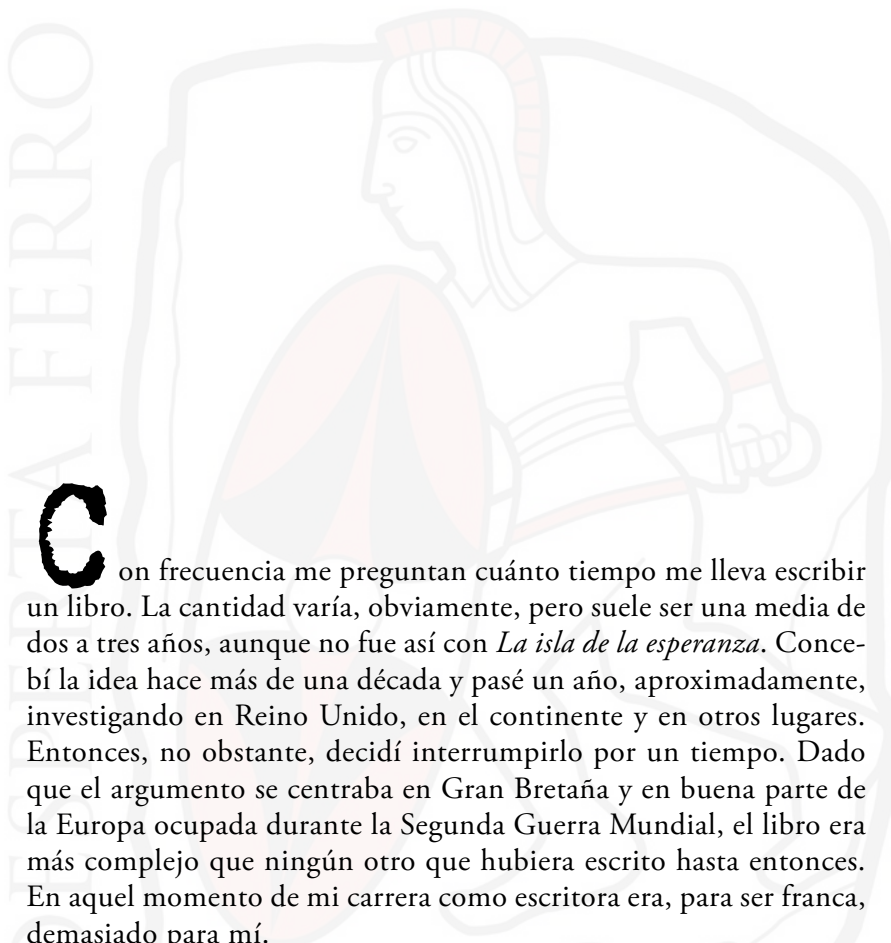
PRIMERA PARTE: LA LUCHA CONTINÚA

1	«¡Majestad, estamos en guerra!»	03
2	«Una valerosa y noble mujer»	21
3	«Un completo y absoluto desastre»	31
4	«Venceremos juntos o pereceremos juntos»	51
5	«Algo llamado agua pesada»	69
6	«Son mejores que cualquiera de nosotros»	81
7	«¡Dios mío, qué bello lugar donde vivir!»	97
8	«Londres al habla»	111
9	«Una avalancha de uves»	125
10	Espiando a los nazis	139
11	«La merienda del Sombrero»	161
12	Facciones, pugnas y disputas	175

SEGUNDA PARTE: EL DOMINIO DE LOS TITANES

13	«Parientes ricos y parientes pobres»	199
14	«La triste realidad»	219
15	«El juego de Inglaterra»	235
16	«Tenga más cuidado la próxima vez»	255
17	«Heroísmo más allá de cualquier cosa que pueda explicarle»	277
18	Un gigantesco rompecabezas	291
19	«Un formidable ejército secreto»	303
20	«El pobre burrito inglés»	313
21	Ajuste de cuentas	325
22	«Historia de dos ciudades»	339
23	«Era forastero, y me acogisteis»	359
24	El invierno del hambre	383
25	«No hubo nunca un día más feliz»	401
26	«¿Por qué llora, joven?»	411
27	«Una responsabilidad colectiva»	427
28	«El mundo ya no podía volver a ser el mismo»	435
29	«Mi consejo para Europa: ¡unidad!»	445
	Notas	459
	Bibliografía	487
	Índice analítico	497

NOTA DE LA AUTORA



Con frecuencia me preguntan cuánto tiempo me lleva escribir un libro. La cantidad varía, obviamente, pero suele ser una media de dos a tres años, aunque no fue así con *La isla de la esperanza*. Concebí la idea hace más de una década y pasé un año, aproximadamente, investigando en Reino Unido, en el continente y en otros lugares. Entonces, no obstante, decidí interrumpirlo por un tiempo. Dado que el argumento se centraba en Gran Bretaña y en buena parte de la Europa ocupada durante la Segunda Guerra Mundial, el libro era más complejo que ningún otro que hubiera escrito hasta entonces. En aquel momento de mi carrera como escritora era, para ser franca, demasiado para mí.

De modo que lo dejé a un lado y pasé a trabajar en otros proyectos, entre ellos *Citizens of London* y *Those Angry Days*. Pero *La isla de la esperanza* no dejaba de atraerme. Era una historia tan conmovedora —y nunca, además, narrada en su totalidad—, con un enorme reparto formado por los personajes más variopintos que jamás haya encontrado. Otro motivo de atracción residía en la luz que vierte sobre la evolución de la hoy tumultuosa relación entre Gran Bretaña y el resto de Europa. Por lo que, tras escribir *Those Angry Days*, me volví a sumergir de nuevo en la exploración de ese tema,

pero esta vez con éxito. Acumulé una considerable cantidad de horas de investigación, que vino a sumarse al ingente material que había reunido durante años. También utilicé parte de los estudios que había desarrollado para otros libros que había escrito. Para un escritor, una de las ventajas de centrarse en un tema y una época particulares en sus obras, como he hecho con Gran Bretaña y la Segunda Guerra Mundial, es la posibilidad de aprovechar toda una plétora de conocimientos adquiridos al cabo de los años.

Cuando llegó el momento de organizar el libro, decidí centrarme únicamente en las seis naciones europeas cuyos Gobiernos escaparon a Londres durante la primavera y el verano de 1940, junto con el general Charles de Gaulle y sus fuerzas de la Francia Libre. En la primavera de 1941, otros dos países europeos –Grecia y Yugoslavia– fueron invadidos y ocupados por Alemania. El gabinete griego huyó a El Cairo y estableció allí su base de operaciones bélicas. El yugoslavo, encabezado por el rey Pedro II, llegó a Londres en junio de 1941. Aunque los británicos proporcionaron ayuda sustancial a los partisanos yugoslavos que resistían contra los alemanes, el rey y su Gobierno ejercieron muy poca influencia, sobre los británicos y sobre su propio país. Por ese, entre otros motivos, (además de la dificultad de agregar otro país a una narración ya de por sí bastante compleja) decidí dejar a Yugoslavia fuera de mi historia.

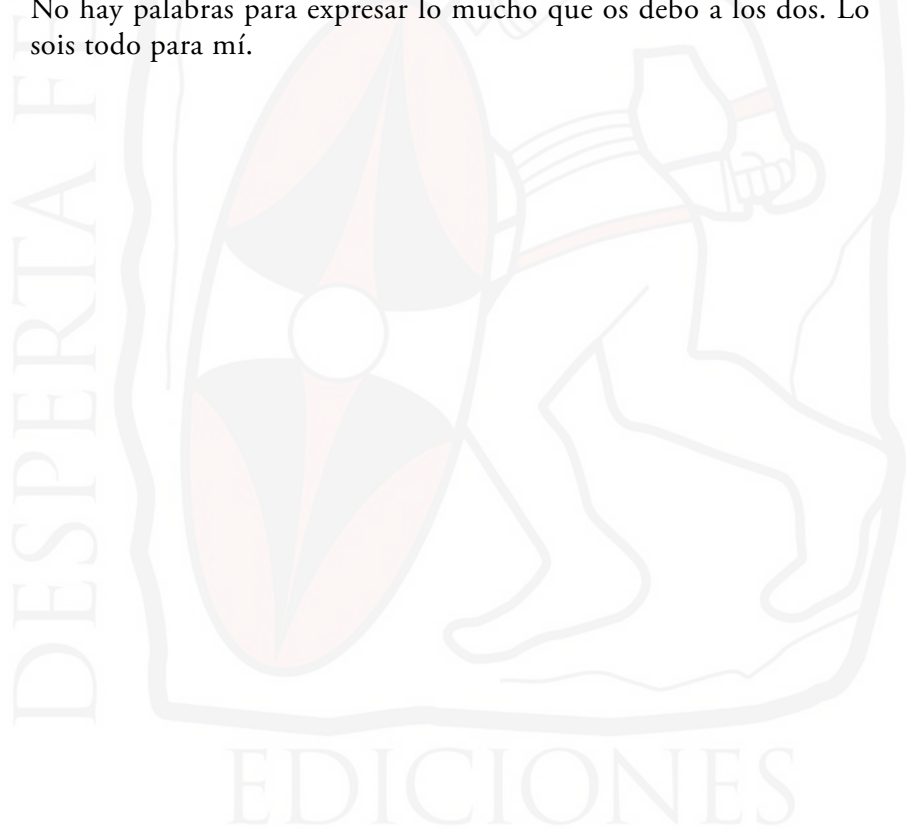
POR ÚLTIMO, DESEARÍA EXPRESAR MI PROFUNDO AGRADECIMIENTO A las docenas de bibliotecarios y archiveros que, con tanta generosidad, me han ayudado en mis investigaciones a lo largo de los años. Algunos de ellos trabajan para instituciones a las cuales considero tesoros especiales, entre ellas, los archivos nacionales de Reino Unido de Kew, los archivos de Churchill en la Universidad de Cambridge, la biblioteca del Congreso en Washington D. C. y la biblioteca Franklin D. Roosevelt de Hyde Park, en Nueva York. También es una joya la biblioteca Lauinger de la Universidad de Georgetown, que ha sido mi casa cuando me he encontrado lejos de mi hogar durante las dos últimas décadas. Su extraordinaria colección de libros y otros materiales sobre todos los aspectos posibles de las relaciones internacionales hizo que mis investigaciones fueran incomparablemente más fáciles.

También tengo palabras de gratitud para los muchos historiadores en cuyos trabajos me he apoyado y de los que he aprendido

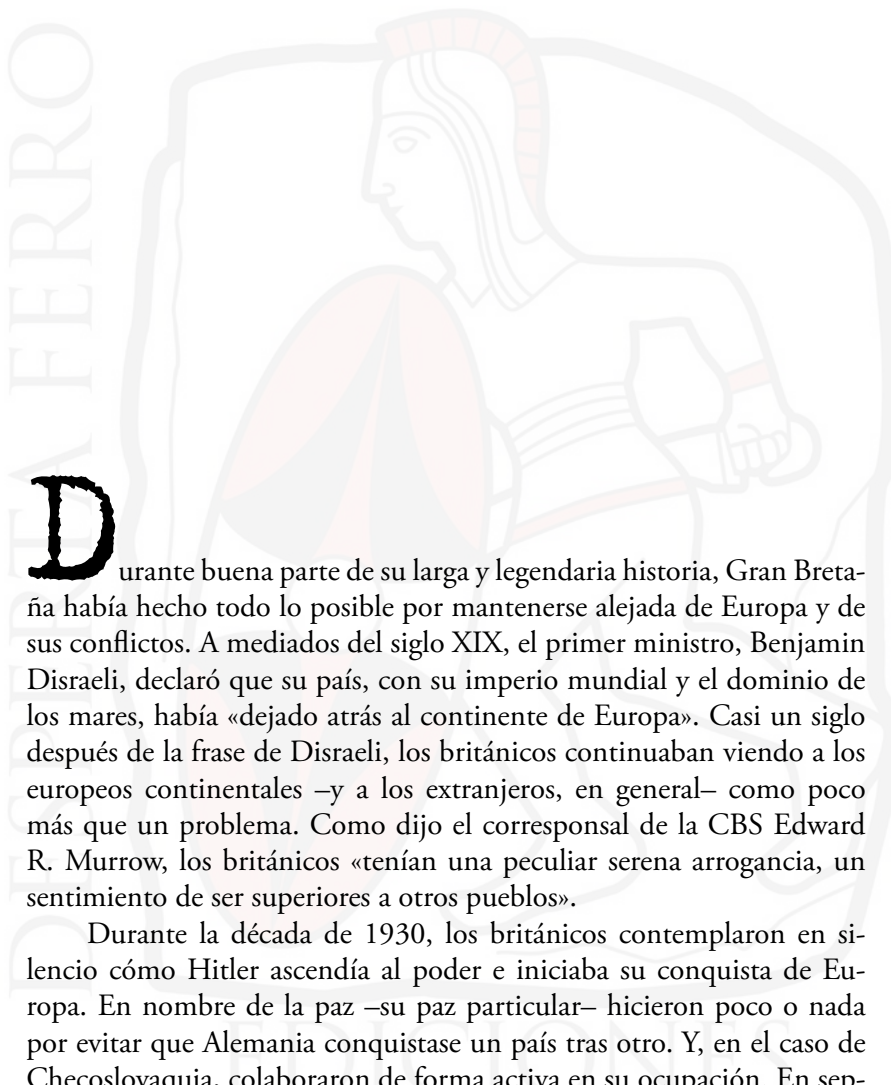
al escribir *La isla de la esperanza*. Me gustaría señalar en especial a Christopher Andrew, Asa Briggs, Max Hastings, François Kersaudy, David Stafford y a Robert e Isabelle Tombs.

Debo dar las gracias a todo el mundo en Random House, en especial a mi brillante editora, Susanna Porter, y a su inmensamente talentosa colaboradora, Priyanka Krishnan. También quiero dar las gracias a Henry Rosenbloom, Philip Gwyn Jones, Molly Slight y a toda la gente de Scribe, que han publicado *La isla de la esperanza* en Reino Unido y Australia. Y también agradecer a mi vieja amiga Gail Ross, por todo lo que ha hecho por mí y por todos los autores que tienen la fortuna de tenerla como agente.

Y, por supuesto, a mi marido, Stan Cloud, y a mi hija, Carly. No hay palabras para expresar lo mucho que os debo a los dos. Lo sois todo para mí.



INTRODUCCIÓN



Durante buena parte de su larga y legendaria historia, Gran Bretaña había hecho todo lo posible por mantenerse alejada de Europa y de sus conflictos. A mediados del siglo XIX, el primer ministro, Benjamin Disraeli, declaró que su país, con su imperio mundial y el dominio de los mares, había «dejado atrás al continente de Europa». Casi un siglo después de la frase de Disraeli, los británicos continuaban viendo a los europeos continentales –y a los extranjeros, en general– como poco más que un problema. Como dijo el corresponsal de la CBS Edward R. Murrow, los británicos «tenían una peculiar serena arrogancia, un sentimiento de ser superiores a otros pueblos».

Durante la década de 1930, los británicos contemplaron en silencio cómo Hitler ascendía al poder e iniciaba su conquista de Europa. En nombre de la paz –su paz particular– hicieron poco o nada por evitar que Alemania conquistase un país tras otro. Y, en el caso de Checoslovaquia, colaboraron de forma activa en su ocupación. En septiembre de 1938, el primer ministro, Neville Chamberlain, puso voz a los sentimientos de muchos de sus compatriotas cuando afirmó con respecto a esa nación: «Qué horrible, absurdo e increíble habría sido que estuviésemos cavando trincheras y poniéndonos máscaras antigás por una disputa en un lejano país entre gentes de las que nada sabemos».

Pero, poco tiempo después, durante los caóticos días de mayo y junio de 1940, Londres, para consternación de sus habitantes, se vio convertida en la capital *de facto* de Europa. Cada pocos días, el rey Jorge VI y el sucesor de Chamberlain, Winston Churchill, acudían a una estación de tren de Londres para dar la bienvenida a un nuevo rey, reina, presidente o primer ministro, pues la libertad de sus países había sido brutalmente arrollada por la *Blitzkrieg* nazi. En menos de un mes, la capital británica se convirtió en el refugio de los Gobiernos y fuerzas armadas de seis países conquistados por Hitler: Checoslovaquia, Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica y Luxemburgo. El autodenominado representante de la Francia Libre, el general Charles de Gaulle, también escapó a Londres.

La mayoría de los líderes exiliados se había resistido, en un principio, a abandonar sus naciones, pues Gran Bretaña les inspiraba los mismos sentimientos que los británicos sentían hacia ellos. Estaban horrorizados por su anterior renuencia a enfrentarse a Hitler y a acudir en ayuda de sus países. Pero, ¿qué otra alternativa les quedaba? Gran Bretaña, revitalizada en el último minuto por su nuevo primer ministro, era la única nación de Europa que todavía resistía a Alemania y solo allí podían las administraciones aliadas unir fuerzas y proseguir la lucha.

Churchill ignoró la oposición de miembros de su gabinete y de buena parte del Gobierno británico y ofreció una cálida bienvenida a los europeos. Aunque es indudable que era de buena fe, su hospitalidad también tenía un fuerte componente de interés nacional. Tras la caída de Francia y de la mayor parte del resto de Europa, Hitler había puesto el punto de mira sobre los británicos, cuyo futuro era poco menos que calamitoso. Estaban a punto de experimentar toda la furia del poder alemán y debían confiar en la ayuda de los extranjeros que tanto habían desdeñado –sus primeros aliados– para sobrevivir a la desesperada lucha que vendría a continuación.

CUANDO MI MARIDO, STAN CLOUD, Y YO NOS DOCUMENTÁBAMOS SOBRE los primeros años de la Segunda Guerra Mundial para nuestro primer libro, *The Murrow Boys*, vimos por casualidad una película antigua sobre la batalla de Inglaterra en la que había una escena en la que aparecía un escuadrón de pilotos polacos. Hasta entonces, ignorábamos por completo que aviadores no británicos hubieran participado en aquella épica lucha, por lo que quisimos descubrir más. Al hacerlo, aprendimos que docenas de polacos no solo habían participado, sino que, además,

habían desempeñado un papel crucial en la victoria. Decidimos que su historia, desconocida para la mayoría de estadounidenses, merecía ser narrada. Pero, a medida que fuimos profundizando más, comprendimos que la importancia de la contribución polaca a la victoria aliada iba mucho más allá de los triunfos de sus pilotos. Los polacos y su experiencia de guerra se convirtieron en el tema de *A Question of Honors*, el segundo libro que escribimos juntos.

Durante los diez años siguientes, escribí tres más sobre la Segunda Guerra Mundial, todos los cuales trataban diversos aspectos de la lucha por la supervivencia de Gran Bretaña durante los primeros años de la contienda. Me centré, sobre todo, en el extraordinario liderazgo de Winston Churchill y en el coraje de los británicos corrientes que libraron aquella lucha. También examiné la relación de Gran Bretaña con sus dos principales aliados durante el conflicto: Estados Unidos y la Unión Soviética.

Al explorar dichos temas, hice otro descubrimiento: Polonia no fue, en absoluto, el único país europeo ocupado que ayudó a la causa aliada. Al contrario, la mayoría de naciones cautivas cuyos gabinetes escaparon a Londres también prestó su ayuda, un apoyo que, en los negros años de 1940 y 1941, podría decirse que salvaron a Gran Bretaña de la derrota y que, durante las fases posteriores de la guerra, resultó ser inmensamente beneficioso para la victoria aliada.

Así pues, ¿por qué sus contribuciones han sido tan ignoradas por los historiadores, quienes, por lo general, presentan la victoria como un triunfo únicamente americano-británico-soviético? Buena parte de la responsabilidad de esta omisión recae en Churchill, quien, al inicio de la guerra, fomentó la imagen de la pequeña y terca Inglaterra que resistía contra el mayor titán militar de la historia del mundo. Churchill difundió esa idea de forma incansable durante y después del conflicto. El Día de la Victoria en Europa, anunció al pueblo británico: «Después de que la valerosa Francia fuera derrotada, nosotros, desde esta isla y desde nuestro imperio unido, mantuvimos la lucha en solitario, hasta que vinieron a unirse las potencias militares de la Rusia soviética y, más tarde, las abrumadoras fuerzas y recursos de Estados Unidos». La afirmación de Churchill pasaba por alto el hecho de que los países ocupados también habían continuado la guerra desde su base de Londres. Sin su ayuda, los británicos podrían haber muy bien perdido la batalla de Inglaterra y la del Atlántico y también hubiera sido posible que nunca lograsen descifrar el diabólicamente complejo código Enigma. Todos estos factores fueron esenciales para la supervivencia de Gran Bretaña.

Constituye el corazón de esta rica e intensamente humana historia su colección de personajes increíbles, desde monarcas a científicos, pasando por espías y saboteadores. Algunos, como De Gaulle, son muy conocidos; sin embargo, la mayoría no lo es. El heroico rey Haakon VII de Noruega y la combativa monarca holandesa, Guillermina, son dos de los protagonistas del libro, como también lo es el conde de Suffolk, el audaz aristócrata británico cuyo rescate de dos físicos nucleares en Francia ayudó a hacer posible el Proyecto Manhattan. Algunos otros que también representaron un destacado papel fueron Marian Rejewski, un criptógrafo polaco que rompió el código Enigma bastante antes de que entrasen en escena Alan Turing y Bletchley Park; o Andrée de Jongh, una atractiva y resuelta joven belga cuya red logró hacer escapar de territorio enemigo, y devolver a la libertad, a centenares de aviadores británicos y estadounidenses derribados.

Si bien este libro proporciona un detallado relato de estos y de otros logros europeos durante la guerra, también explica lo mucho que los países ocupados recibieron de Gran Bretaña. Para la cautiva Europa, el mero hecho de que los británicos resistieran contra Hitler suponía un rayo de esperanza, un talismán contra el desánimo. Mientras duró el conflicto, los europeos cumplieron cada noche el maravilloso ritual de sacar sus radios, que habían sido prohibidas por los alemanes, de sus escondites, todos muy diversos: debajo de las baldosas, detrás de alimentos enlatados en las alacenas de la cocina, ocultas en las chimeneas. En ese momento, estuvieran donde estuviesen, los propietarios de los aparatos los encendían y sintonizaban con la BBC a tiempo para escuchar el tañido del Big Ben y las palabras mágicas: «Londres al habla». Durante y después de la guerra, los europeos describían aquellos furtivos momentos en los que escuchaban las noticias de la BBC como su nexo de unión con la libertad. Un francés que escapó a Londres hacia el final de la contienda recordó: «Es imposible explicar lo mucho que dependíamos de la BBC. Al principio lo era todo».

Para un joven holandés estudiante de derecho, la esperanza tomó la forma de dos Spitfires que sobrevolaron a gran velocidad una playa cercana a La Haya al comienzo de la guerra. Miró maravillado los aviones; sus escarapelas de la RAF relumbraban al sol. «La ocupación había caído sobre nosotros de forma tan aplastante e inexorable —escribió más tarde—, que Inglaterra, como la libertad, se había convertido en un mero concepto. Para creer en él como si fuera algo real, en un pedazo de tierra en la que un pueblo libre se enfrentaba a la marea nazi, requería una manifestación concreta, como una señal de Dios: ¡Inglaterra exis-

tel!». Menos de un año más tarde, ese joven estudiante huiría a Holanda para convertirse en piloto de la RAF.

Otro fugitivo, un periodista belga que había conseguido escapar de un campo de concentración nazi, llegó a Londres «embriagado de felicidad». «¿Sabes que había soñado con este momento durante meses? —exclamó a un amigo británico—. ¿No es maravilloso estar aquí? ¡Ahora mismo, millones de personas de todo el continente están soñando en este momento con Londres!». Un joven resistente polaco se hizo eco de ese mismo sentimiento, al afirmar que «llegar a Londres era como llegar al cielo». Los aviadores polacos que volaron con la RAF durante la guerra se referían a Gran Bretaña como «la isla de la última esperanza».

A PESAR DE TODO EL APOYO QUE BRITÁNICOS Y EUROPEOS SE PRESTABAN mutuamente, su relación era, con frecuencia, tempestuosa, cargada de conflictos y malentendidos. Tras verse unidos a la fuerza por circunstancias desesperadas y extraordinariamente angustiosas, lucharon contra choques culturales y diferencias idiomáticas mientras trataban de sobrevivir al avance de la apisonadora alemana. A muchos exiliados europeos, los británicos les parecían arrogantes e insensibles porque apenas sabían del mundo fuera de su isla y no alcanzaban a comprender cuán despiadada era la ocupación alemana del continente. Los británicos, por su parte, toleraban mal las constantes disputas, rivalidades y exigencias de los extranjeros que abarrotaban su país.

Aun así, a medida que la guerra se iba acercando a su clímax, la mayoría supo dejar a un lado sus diferencias y trabajar en estrecha cooperación por su objetivo común: derrotar a Hitler. A la conclusión del conflicto, un mariscal del aire de la RAF expresaba un sentimiento común en sus comentarios sobre los pilotos europeos que volaron a su mando: «Juntos, hemos formado una hermandad».

Una fraternidad similar nació entre los mismos europeos: «Fueran cuales fuesen nuestros diversos orígenes e inciertos futuros, nos mantuvimos juntos, hombro con hombro —señaló un agente de inteligencia holandés al hablar de los polacos, franceses, noruegos, belgas y checos que conoció en Londres—. Aparte de la comunidad de holandeses con la que en un principio me identifiqué de una forma tan apasionada, emergió una hermandad más amplia que me recibió con los brazos abiertos».

A medida que progresaba la guerra, los miembros de los diversos Gobiernos europeos en el exilio también forjaron estrechos vínculos, tanto oficiales como personales. El trauma de la derrota y de la ocupa-

ción les había convencido de que sus naciones debían unirse después de la contienda si Europa quería aspirar a tener cierto grado de influencia, fortaleza y seguridad. Su cooperación en Londres plantó la semilla de la campaña de unificación europea que siguió al conflicto, un esfuerzo extraordinario que conduciría a más de medio siglo de paz y prosperidad para Europa occidental.

Los dos aliados de Europa oriental –Polonia y Checoslovaquia– no fueron tan afortunados. Cuando la Unión Soviética y Estados Unidos entraron en la guerra en 1941, la solidaridad entre Gran Bretaña y la Europa ocupada cedió a las exigencias de la *realpolitik*. Iósif Stalin estaba determinado a hacerse con el control de Polonia y Checoslovaquia durante la posguerra; Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill acabarían por ceder a sus exigencias, pese a los remordimientos de este último. Para aquellos países, la Segunda Guerra Mundial no acabaría hasta que el comunismo se desmoronase en Europa oriental y en la Unión Soviética, más de cuarenta años después.

Gran Bretaña, por su parte, retornó a su tradicional distanciamiento hacia Europa después de la guerra y rehusó participar en el movimiento de integración europea. Aunque, finalmente, en 1973 acabaría por unirse a la Comunidad Económica Europea (CEE, precursora de la Unión Europea), lo hizo con reticencias. También se mostró igual de recelosa con respecto a su pertenencia a la Unión Europea. El conflicto llegó a su punto álgido en junio de 2016, cuando una mayoría de británicos votó abandonar la Unión Europea en un referéndum nacional.

El choque y el resentimiento en aquella jornada de votación –así como el inminente divorcio entre Gran Bretaña y Europa– contrastan de una forma muy marcada con la resolución y la esperanza de los años decisivos de la guerra, en los que Gran Bretaña unió sus fuerzas con Europa para derrotar a la fuerza militar más poderosa de toda la historia. Para la periodista francesa Eve Curie, hija de los premios Nobel Marie y Pierre Curie y ella misma también una exiliada, la grandeza de Gran Bretaña durante la guerra se personificó en Churchill y en los europeos que se unieron a él en Londres, «todos aquellos héroes, locos y desarmados, que desafiaron a un Hitler triunfante».

PRIMERA
PARTE

LA LUCHA CONTINÚA



"MAJESTAD, ¡ESTAMOS EN GUERRA!"

Hitler invade Noruega

Una gélida noche de abril de 1940, un grupo de altos cargos del Gobierno noruego fue invitado a la legación alemana en Oslo para el pase de una nueva película. Las tarjetas impresas enviadas por el ministro alemán en Noruega, Curt Bräuer, indicaban a los invitados que debían presentarse «vestidos de etiqueta y con condecoraciones» lo cual hacía pensar en una gala formal. Pero, para la engalanada y distinguida audiencia sentada en el salón de la embajada alemana, aquella velada resultó ser cualquier cosa menos festiva.

Desde el mismo comienzo de la película, la pantalla se llenó de imágenes horribles: caballos muertos, civiles ametrallados, una ciudad pasto de las llamas... Titulada *Bautismo de fuego*, el filme era un documental sobre la conquista alemana de Polonia en septiembre de 1939; retrataba, con gráfico detalle, la devastación causada por el bombardeo de Varsovia. Esto, dijo Bräuer tras el pase, era lo que podían esperar otros países que se atrevieran a resistir los intentos alemanes «de defenderlos de Inglaterra». Alarmados por aquellas estampas perturbadoras, los invitados de Bräuer no comprendían por qué el diplomático alemán había considerado necesario mostrarles la película a ellos. ¿Qué podía tener esto que ver con la pacífica y neutral Noruega?

Cuatro días más tarde, justo después de medianoche, a esos mismos altos cargos les despertaron urgentes llamadas telefónicas para in-

formar de que varios buques de origen desconocido habían entrado en el fiordo que conduce a Oslo. La niebla que lo cubría hacía imposible identificar las insignias de la fantasmal armada. No obstante, el misterio de su nacionalidad se resolvería en cuestión de minutos, una vez que las oficinas gubernamentales comenzaron a verse inundadas por una avalancha de informes de ataques alemanes por sorpresa sobre los principales puertos de Noruega y de Dinamarca.

A bordo del crucero pesado alemán *Blücher*, el general Erwin Engelbrecht, al mando de la fuerza de ataque que se dirigía hacia Oslo, revisaba sus órdenes junto con sus subordinados. En unas pocas horas, más de 1000 tropas, provistas de fotografías y mapas minuciosamente detallados de la capital noruega, desembarcarían en el puerto de Oslo desde el *Blücher*. La misión que se les había asignado era infiltrarse en la ciudad dormida y asaltar edificios gubernamentales, la estación de radio estatal y el palacio real. Antes de mediodía, el rey Haakon, el príncipe heredero Olav y el resto de la familia real estarían bajo arresto y el gobierno controlado por los alemanes. Una banda de música que también iba a bordo del *Blücher* interpretaría en el centro de la ciudad *Deutschland Uber Alles* para celebrar el triunfo de Alemania, mientras los burócratas de Engelbrecht se hacían cargo de la administración del país, así como de sus dos recursos materiales más importantes: su marina mercante y su oro.

Una patrullera noruega que avistó la flotilla y tuvo la temeridad de pedir que se identificarse fue ametrallada y hundida. Hacia el interior del fiordo, dos pequeñas islas fortaleza, alertadas por la patrullera, también dispararon sobre los buques, pero la densa niebla imposibilitaba verlos con claridad, por lo que pasaron sin daño. Poco antes de las 4 de la madrugada, el convoy se aproximó a la fortaleza de Oscarsborg, una isla fortificada construida a mediados del siglo XIX y que constituía la última línea de defensa de Oslo. El capitán del *Blücher* se mostró tan impertérrito ante la visión de la fortaleza como antes lo había estado ante la inoportuna patrullera. En sus cartas náuticas y en sus mapas, Oscarsborg era identificado como un museo y sus dos anticuados cañones eran calificados de obsoletos.

Tanto mapas como cartas náuticas estaban equivocados. La fortaleza estaba operativa y también lo estaban los dos viejos cañones, apodados de manera afectuosa «Moisés» y «Aarón» por sus servidores. La niebla se despejó un poco y, cuando las oscuras siluetas de los buques se mostraron a la vista, un foco procedente del continente alumbró de repente al *Blücher*. El Moisés y el Aarón abrieron fuego a quemarropa y

sus proyectiles impactaron sobre el crucero pesado de 12 000 toneladas. Uno de ellos aplastó el puente del Blücher y destruyó sus controles de tiro y navegación, mientras que otro acertó contra un depósito lleno de combustible de aviación. Las baterías costeras también abrieron fuego. En cuestión de segundos, el Blücher había quedado envuelto en llamas, que se proyectaron a gran altura y consumieron la niebla, iluminando las orillas nevadas del fiordo.

Con un gran estruendo, el depósito de torpedos del buque explotó y, menos de una hora más tarde, el Blücher, que había entrado en servicio hacía tan solo siete meses, zozobró y se fue a pique. Casi 1000 hombres se fueron al fondo con la nave, entre ellos la mayor parte de las tropas de élite asignadas a la captura de la familia real y de los altos cargos de la administración. El general Engelbrecht fue uno de los centenares de supervivientes que escaparon a la superficie del fiordo cubierta de petróleo en llamas y que nadaron a toda prisa hasta la costa.

Durante ese día —9 de abril de 1940— el audaz y meticuloso plan de Hitler para la invasión de Dinamarca y Noruega había ido casi exactamente según lo proyectado. Hacia las primeras horas de la tarde, prácticamente todos los objetivos principales del Führer a lo largo de los más de 2400 km de costa noruega habían sido tomados. Todos, esto es, excepto Oslo, el centro político, económico y de comunicaciones de Noruega y la clave para el éxito de la operación.

A LA 1.30 H DE LA MADRUGADA DEL 9 DE ABRIL, EL HOMBRE QUE ENCAbezaba la lista alemana de personas más buscadas en Noruega fue despertado por su edecán. «Majestad —dijo con urgencia—, ¡estamos en guerra!». La noticia no sorprendió al rey Haakon VII. Era algo que esperaba —y temía— desde hacía años. En 1932 había comentado al almirante británico *sir* John Kelly: «Si Hitler se hace con el poder en Alemania y consigue consolidarse, tendremos una guerra en Europa antes de que finalice la década».

Hitler *había* llegado al poder, pero los líderes políticos de Noruega ignoraron las reiteradas peticiones del rey para reforzar las increíblemente débiles defensas del país. Al igual que otras naciones escandinavas, Noruega había abandonado hacía mucho su belicosa herencia vikinga; la paz, no la guerra, estaba profundamente enraizada en su psique. Los noruegos profesaban escasa admiración por los héroes militares, de los cuales, en todo caso, tenían pocos. Mucho más admirados eran los galardonados con el premio Nobel de la Paz, elegido cada año por el Parlamento.

«Era muy difícil ser militar en la Noruega de preguerra», observó uno de los escasos oficiales del ejército en servicio activo en abril de 1940.

A finales de la década de 1930, la Armada de esta nación de marinos tan solo contaba con setenta barcos y los dos de mayor tamaño eran los buques blindados más antiguos del mundo, a los que el jefe de Estado Mayor de la Armada llamaba con cariño «mis viejas bañeras». El minúsculo Ejército noruego estaba armado con fusiles y cañones antiquísimos y no contaba con ametralladoras o cañones antiaéreos. La caballería estaba equipada con tanques, supuestamente, pero los fondos asignados por el Gobierno habían sido tan ínfimos que solo se había comprado uno «para que así los soldados noruegos pudieran ver uno de verdad durante sus vidas». No se habían realizado maniobras de campaña en años —se habían suprimido para ahorrar fondos— y muchos comandantes de brigada ni siquiera conocían a sus hombres.

La vulnerabilidad militar de Noruega, no obstante, no preocupaba apenas a los líderes gubernamentales. El país había vivido en paz durante bastante más de un siglo, había conseguido mantenerse neutral durante la Primera Guerra Mundial y tenía intención de seguir siéndolo en el futuro. El dinero, creían los dirigentes, debía emplearse en reformas sociales, no en reforzar el ejército. En opinión de la mayoría de noruegos, «las guerras eran el tipo de cosas que ocurrían en otras partes del mundo —manifestó Sigrid Undset, novelista noruega que había ganado el premio Nobel de literatura de 1928—. ¿Cuántos de nosotros habían creído realmente que esto podía ocurrir en Noruega?».

Tras haber hecho un detenido estudio de Hitler, el cual incluyó la lectura de *Mein Kampf* a comienzos de la década de 1930, Haakon, de 67 años de edad, se sentía mucho menos optimista. Si la guerra estallaba, su pacífico e indefenso reino norteño cobraría una gran importancia estratégica. Su situación al oeste de Gran Bretaña proporcionaba una puerta de entrada al Atlántico Norte. Al sur, tenía acceso al mar Báltico y a la costa alemana. No menos importante era el hecho de que controlaba la ruta marítima del noroeste, empleada para transportar mineral de hierro desde Suecia a Alemania, el principal comprador del hierro sueco. Y también estaba la extensa marina mercante noruega, un espléndido premio para Hitler o para cualquier otro beligerante.

Pero, cada vez que Haakon planteaba este y otros puntos, los dirigentes los desdeñaban, del mismo modo que también le menospreciaban a él. La mayoría de funcionarios noruegos despreciaba a la monarquía, pues la consideraban «una reliquia inútil de una época pasada» y creía que no debía ejercer ninguna influencia sobre los asuntos

gubernamentales. Muchos pensaban que la monarquía no debía existir. Haakon, por más que amaba a Noruega, a veces sentía que no era bien recibido, al menos entre los círculos oficiales. Con frecuencia, se sentía como el extranjero que había sido en otro tiempo.

HASTA QUE SE CONVIRTIÓ EN EL REY DE NORUEGA, HAAKON VII, EL segundo hijo del príncipe heredero de Dinamarca, apenas había pisado el país. No aprendió a hablar el idioma hasta los 33 años, poco antes de que comenzase su reinado. Conocido como príncipe Carl en Dinamarca, había sido un modesto y discreto miembro de la familia real que había crecido pensando que nunca sería rey de nada, cosa por la cual estaba profundamente agradecido. Parece ser que su madre le había presionado para que se casara con la joven reina Guillermina de Holanda, pero se resistió, pues no quería tener nada que ver con la pompa y la formalidad de la vida oficial de la corte. En lugar de ello, cortejó y conquistó a su prima Maud, entusiasta deportista e hija del rey Eduardo VII de Inglaterra, la cual estaba tan deseosa como él de llevar una vida tranquila, alejada del primer plano.* En el momento de su matrimonio, Carl, quien lucía en su brazo un tatuaje con un ancla, era oficial de la Armada danesa, donde esperaba hacer carrera.

Pero, en 1905, la declaración de independencia de Noruega con respecto a Suecia dio un giro radical a la vida del príncipe marino. La unión centenaria entre los dos países nunca había sido en pie de igualdad; Suecia, cuyos reyes gobernaban sobre ambas naciones, había sido el socio dominante desde el comienzo, lo cual hizo que Noruega se sintiera cada vez más descontenta. Para reducir la posibilidad de que los suecos se opusieran por la fuerza a su pacífica rebelión, los líderes noruegos afirmaron que aceptarían de buen grado que un miembro de la familia real sueca asumiera el trono del nuevo país. El príncipe Carl, cuyo abuelo materno era rey de Suecia y de Noruega, era la elección obvia.

Al príncipe, no obstante, le aterraba la idea. No solo quería seguir en la Armada danesa, apenas sabía nada de Noruega y de su pueblo y también era muy consciente de que muchos ciudadanos noruegos, país que había abolido su aristocracia durante el siglo XIX, estaban a favor de una república, no de una monarquía. Bajo la fuerte presión de su

* El padre de Carl, el rey Federico VIII de Dinamarca, era el hermano de la reina Alejandra, la esposa de Eduardo VII.

suegro, Eduardo VII, entre otros, acabó aceptando, pero con la condición de que Noruega sometiera la decisión a un referéndum. Después de que el 88 por ciento del electorado votase por la monarquía, Carl fue coronado y asumió el antiguo nombre regio de Haakon. Su esposa, inglesa por los cuatro costados, rehusó renunciar a su nombre de pila y sería conocida como reina Maud hasta el día de su muerte, en 1938, y siguió, como siempre había hecho, dirigiéndose a su marido como Charles, la forma inglesa de Carl. («Tengo planes para hacerle inglés por completo», había confesado a su diario durante los primeros tiempos de su cortejo).

Bajo el reinado de Haakon, Noruega podía presumir de ser el reino más igualitario del mundo. *Sir* Frederick Ponsonby, edecán del padre de la reina Maud, afirmó del país en cierta ocasión que era «tan socialista que un rey y una reina parecían estar fuera de lugar». Después de una visita a Oslo en 1911, Theodore Roosevelt escribió a una de sus amistades que la inserción de una familia real en la sociedad más democrática de Europa era como si «Vermont probase, por ver qué ocurría, la experiencia de tener un rey».

Haakon, quien con frecuencia describía su cargo como el de un presidente vitalicio muy democrático, era conocido por su pueblo como *Herre Konge* [«el Señor Rey»] en lugar de «Su Majestad». La familia real vivía con sencillez y la reina Maud iba a menudo ella misma a hacer la compra. En sus frecuentes giras por el país, y en sus viajes al extranjero, Haakon impresionaba a quienes trataba por su amabilidad y mordaz sentido del humor. En una reunión de la familia real británica en Windsor, se dio cuenta de la presencia de un joven primo lejano, lord Frederick Cambridge, quien permanecía, incómodo, en un rincón. Fue hacia él y le dio un vigoroso apretón de manos. «No me conoces —dijo—, permíteme que me presente. Soy el viejo Noruega».

A causa de su estrecha relación con su familia británica y lo mucho que amaba a Gran Bretaña, Haakon quedó horrorizado por la renuncia del Gobierno del primer ministro Neville Chamberlain a hacer frente a las reiteradas agresiones de Hitler durante los años treinta del siglo XX. Después del inicio de la Segunda Guerra Mundial, en septiembre de 1939, Noruega, al igual que otros países europeos neutrales, dejó claro que no tenía intención alguna de establecer una alianza militar con un Estado que, junto con Francia, había entregado la mayor parte de Checoslovaquia al Führer y que, tras haber declarado la guerra a Alemania por haber invadido Polonia, no había hecho nada por ayudar a los polacos. «Todas las pequeñas naciones comprenden ahora que, en el futuro,

tendremos que cuidar de nosotros mismos», reprochó Haakon en una carta enviada a su sobrino Jorge VI, rey de Inglaterra.

Hasta la primavera de 1940, la guerra solo tuvo de tal cosa el nombre. Chamberlain y la mayor parte de los cargos gubernamentales no tenían interés ni intención de combatir una guerra de verdad. Impusieron a Hitler un bloqueo económico, el cual pensaban que sería suficiente para forzarle a hincar la rodilla.

Winston Churchill, primer lord del Almirantazgo de la Administración Chamberlain y el único miembro belicoso del gabinete británico, estaba en franco desacuerdo con la estrategia de «guerra de broma»* de Chamberlain. Desde el primer día del conflicto, exigió que Gran Bretaña liderase la ofensiva contra Alemania, pero no en suelo germano. La confrontación, afirmaba, debía tener lugar en aguas de Noruega y urgió con insistencia al Gobierno británico para que interrumpiera el transporte de mineral de hierro sueco, vital para la industria armamentística alemana, a lo largo de la línea costera noruega. Cuando tanto Noruega como Suecia protestaron contra dicha idea, Churchill se enfureció por su renuencia a convertirse en campos de batalla de las potencias en guerra. «Estamos combatiendo para restablecer el reino de la ley y para proteger las libertades de los países pequeños —dijo al Gabinete de Guerra (una afirmación que a Polonia y Checoslovaquia les podría haber resultado difícil de digerir)—. Las naciones pequeñas no pueden atarnos las manos a los que combatimos por sus derechos y libertades [...] la humanidad, y no la legalidad, debe ser nuestra guía».

Tras meses de vacilaciones, Chamberlain cedió al fin a las presiones de Churchill. Al amanecer del 8 de abril de 1940, buques británicos comenzaron a fondear minas a lo largo de la costa noruega. Hitler, que semanas antes había afirmado que se adelantaría a cualquier avance británico sobre Noruega, ya había dado órdenes a su alto mando para que trazase y ejecutase minuciosos planes para el ataque por sorpresa y la ocupación tanto de Noruega como de Dinamarca.

En su mayor parte, el asalto terrestre, naval y aéreo de Alemania sobre los dos países escandinavos constituyó un brillante éxito. Antes de su inicio, Hitler había decretado que debía evitarse «a toda costa» que los reyes de Noruega y de Dinamarca lograsen escapar. En Co-

* N. del T.: «guerra de broma», del inglés *Phony War*, era como se conocía en Gran Bretaña al periodo de calma relativa en el frente occidental, desde septiembre de 1939 a abril de 1940. En Francia se denominó *drôle de guerre* [«guerra falsa»] y en Alemania *Sitzkrieg* [lit. «guerra de asiento»].

penhague, los alemanes no tuvieron mayor problema para encontrar al rey Christian de Dinamarca, el hermano septuagenario de Haakon. Pero el mal tiempo y el hundimiento del Blücher habían desbaratado el extremadamente minucioso plan del asalto sobre Oslo. Cuando, por la tarde, las tropas germanas entraron por fin en el palacio real, en los edificios gubernamentales y en el Banco de Noruega, tan solo encontraron atemorizados funcionarios subalternos y montones de papeles ardiendo en estufas y chimeneas. Las cajas fuertes de los bancos estaban vacías y las reservas de oro del país habían desaparecido sin dejar rastro. El rey y los cargos gubernamentales también se habían esfumado.

CUANDO LOS HABITANTES DE OSLO SE DESPERTARON EL 9 DE ABRIL, encontraron su mundo, tan perfectamente ordenado el día anterior, sumido en el caos. Aunque los alemanes no habían entrado todavía en la ciudad, los bombarderos de la Luftwaffe sobrevolaban el cielo y el sordo estampido de las bombas podía escucharse en la distancia. Columnas de denso humo negro provocadas por la quema de documentos oficiales se elevaban a lo alto. La bella Oslo, con sus frondosos parques, colinas y bosques, se hallaba expuesta a un enemigo que ignoraba que tuviera.

Unas pocas horas antes, mientras el Blücher navegaba hacia la capital en la oscuridad que precede al amanecer, el ministro alemán, Curt Bräuer, había exigido al ministro de Exteriores noruego, Halvdan Koht, la rendición de Noruega, incluso enfatizó «el completo sinsentido que supondría cualquier resistencia». Koht, aunque estaba desorientado por el repentino ataque, tuvo el ingenio de recordar a Bräuer la observación de Hitler acerca de la capitulación de Checoslovaquia después de Mú-nich: «La nación que se somete sumisa a un agresor sin oponer resistencia no merece vivir». Con esa frase, rechazó las exigencias alemanas.

Aquella mañana, antes de reunirse con el rey y con otros cargos oficiales a bordo del tren especial que les sacaría de Oslo a toda velocidad, Koht comentó a un periodista de la radio que Noruega estaba en guerra con Alemania, que el rey y el Gobierno habían escapado y que la movilización general estaba en marcha (este último punto era incorrecto). En respuesta a este anuncio, que fue emitido a todo el país, miles de jóvenes, maleta en mano, acudieron al cuartel militar más próximo, pero solo se les informó de que todo era un error. «Reservistas y voluntarios salían llorando de las estaciones de reclutamiento cuando se les decía que no había armas para ellos», recordó un diplomático británico. En la capital noruega, multitudes conmocionadas se reunían ante los



Ciudadanos de Oslo observan la entrada de las tropas alemanas en la ciudad en abril de 1940.

tablones de anuncios de los diarios, donde intercambiaban temores y rumores.

No obstante, algunos ciudadanos de Oslo ya disponían de toda la información que necesitaban; los alemanes se aproximaban y debían escapar de la ciudad antes de que llegasen los invasores. Sigrid Undset llenó a toda prisa un par de maletas y partió. La novelista, de 57 años, había sido, desde comienzos de la década de 1930, una firme y manifiesta crítica de Hitler; sus libros habían sido prohibidos en Alemania poco después de que el Führer asumiera el control del gobierno.

También se hallaba en peligro un joven emigrado alemán llamado Willy Brandt. Brandt, de 26 años, había combatido contra los nazis en las calles antes incluso de que estos llegasen al poder en Alemania. Por ello, había sido privado de su ciudadanía, pero había hallado asilo en Noruega siete años atrás. Tras estudiar en la Universidad de Oslo, se había hecho periodista y gozaba de estrechos vínculos con las principales figuras del partido en el poder, los laboristas. También había colaborado mucho con la labor de algunos grupos de emigrados alemanes que trataban de fomentar en su país la oposición a Hitler. A primera hora de esa mañana, a Brandt le despertó una llamada telefónica urgente;

tenía que salir de la ciudad lo antes posible. Pocos minutos más tarde estaba, como escribiría tiempo después, «huyendo de nuevo»; se refugió en una casa segura en los suburbios de Oslo, donde fue recogido por dos importantes políticos noruegos y escapó en coche a un lugar a salvo. Brandt, quien llegaría a convertirse en uno de los cancilleres más preeminentes de la Alemania de posguerra, sería más tarde sacado del país de manera clandestina para ir a la neutral Suecia. Pasó allí la guerra ejerciendo de periodista y de propagandista de la «causa de una Noruega libre».

MIENTRAS TANTO, EL REY HAAKON Y LOS CARGOS DEL GOBIERNO ESCAPARON a Hamar, una localidad situada a 128 km al norte de Oslo. Mientras su tren partía de la capital, a primera hora de la mañana, una larga hilera de camiones esperaba delante del Banco de Noruega, un edificio de granito negro situado cerca del puerto, para cargar centenares de cajas y barriles que contenían la savia vital de la economía noruega: 50 toneladas de oro por valor de 55 millones de dólares (915 millones de dólares actuales). El director de la entidad había tenido mucha más previsión que los responsables gubernamentales, pues hacía meses que había hecho planes para, en caso de ataque, evacuar las reservas de oro a un depósito secreto a prueba de bombas en la localidad de Lillehammer, a 184 km al norte de Oslo.

En Hamar, el Parlamento noruego celebró una sesión en el cine local, mientras que cientos de personas –funcionarios, empresarios, periodistas y diplomáticos extranjeros– desbordaban la pequeña localidad, ocupaban todas sus habitaciones de hotel y abarrotaban sus calles cubiertas de nieve embarrada. Los ministros del Gobierno compraron todas las existencias de papel y lápiz de la ciudad para tramitar los asuntos del gabinete y los funcionarios comenzaron a desempaquetar los documentos que habían traído desde Oslo. «Creo que todos, de forma inconsciente, esperábamos establecernos allí con comodidad –recordó Florence «Daisy» Harriman, una antigua dama de la alta sociedad neoyorquina transformada en reformista social y que el presidente Franklin D. Roosevelt había nombrado ministra estadounidense en Noruega–. No estábamos todavía preparados para imaginar que el rey y el Gobierno iban a ser perseguidos como animales salvajes».

A media tarde, la frágil sensación de seguridad quedó desbaratada cuando el presidente del Parlamento, Carl Hambro, interrumpió un debate para anunciar que las fuerzas alemanas se dirigían hacia Hamar

y que un tren esperaba en la estación para llevarse lejos de allí al rey y a los miembros del Gobierno. Los funcionarios echaron mano de sus sombreros y abrigo y corrieron a la puerta. Diez minutos más tarde, el tren partió en dirección a Elverum, una localidad de montaña situada más cerca de la frontera sueca.

Para la mayor parte de los exhaustos cargos oficiales, ese dantesco primer día de guerra se acabó en Elverum. Solo el rey, su familia y varios ministros clave siguieron hasta un diminuto villorrio cubierto de nieve, Nybergsund, que se consideraba que estaría a salvo de las bombas alemanas. Desde allí, el príncipe heredero Olav envió a su esposa, la princesa Märtha, y a sus tres hijos a Suecia, patria de la princesa.

Al día siguiente, Haakon aceptó reunirse con Curt Bräuer en Elverum. Con una combinación de halagos y amenazas, el embajador alemán prometió al rey que, si aceptaba las exigencias alemanas, conservaría los honores y privilegios de su rango y Noruega se libraría de sufrir más destrucción; pero, si no lo hacía, toda resistencia sería aplastada sin piedad. Las exigencias de Bräuer no solo incluían la capitulación, sino también el nombramiento de Vidkun Quisling, de 52 años y líder del minúsculo partido nazi local, para el cargo de primer ministro de Noruega.

La idea de que Quisling encabezase el poder noruego dejó atónito y furioso a Haakon. Su partido, que nunca había conseguido superar el 2 por ciento de voto en las elecciones, era tomado a broma en Noruega, donde tanto él como sus hombres eran considerados, en palabras de Sigrid Undset, «hombrecillos histéricos». Con la voz embargada por la furia, el rey comunicó a Bräuer que «no podía nombrar un gobierno que no contase con la confianza del pueblo noruego y varias elecciones habían demostrado que Quisling no gozaba de dicha confianza».

Esa noche, tras retornar a Nybergsund, Haakon informó a su hijo y a sus ministros de las exigencias de Bräuer. Después de más de veinticuatro horas de huida, aquellos hombres, desaliñados y sin afeitar, sufrían agotamiento tanto físico como emocional. Varios de ellos, muy impresionados por la persecución alemana, estaban convencidos de lo desesperado de la situación de Noruega: creían que debían abandonar y negociar la paz sin demora. Argumentaban que el país no estaba en absoluto preparado para combatir contra Alemania; si intentaban resistir, supondría un suicidio nacional. Sabían que Gran Bretaña les había dicho que sus fuerzas acudirían en su ayuda tan pronto como fuera posible. Pero después de lo que había ocurrido en Checoslovaquia y Polonia, ¿quién, en su sano juicio, podía confiar en las promesas británicas? El Gobierno debía capitular *ahora*.

Haakon, una persona tan alta de estatura como recta en sus convicciones, era consciente de que sus ministros no habían hecho mucho caso a sus consejos y advertencias del pasado. Esta vez, sin embargo, estaba en juego el futuro de su país de adopción y estaba decidido a seguir los dictados de su conciencia y decir lo que pensaba. «El Gobierno tiene libertad para decidir –dijo con voz quebrada–, pero debo dejar clara mi posición, no puedo aceptar las exigencias alemanas. Esto entraría en conflicto con todo lo que he considerado que era mi deber como rey desde que llegué a Noruega hace casi treinta y cinco años». Si la administración decidía en otro sentido, abdicaría y renunciaría al trono de Noruega para él y para su familia.

«Aquel instante se me quedó grabado en la memoria –recordó Trygve Lie, ministro de Abastos y futuro secretario general de Naciones Unidas–. Tras pronunciar esas palabras, el rey miró fijamente al príncipe Olav. Durante largo rato fue incapaz de continuar, hasta que, al fin, se inclinó sobre la mesa y rompió a llorar. El príncipe Olav también tenía lágrimas en sus ojos». Haakon alzó la cabeza y, pugnando por controlar sus emociones, dijo: «El Gobierno debe ahora tomar una decisión».

Su inequívoca posición puso fin a cualquier idea de capitular. Movidos por la resolución y disposición del monarca a sacrificar su trono por principios, los ministros, incluidos los más derrotistas, votaron rechazar el ultimátum. Mientras Halvdan Koht informaba a Bräuer de la decisión, Haakon y su primer ministro firmaron una proclama, que fue emitida por la radio noruega, en la que rechazaban las exigencias alemanas y hacían un llamamiento a los noruegos a que resistieran con todas sus fuerzas. Cuando, a la mañana siguiente, las noticias de la intransigencia de Haakon llegaron a Hitler, este se dejó llevar por uno de sus característicos arrebatos de furia. ¡Cómo osaba «este ridículamente pequeño país y su reyezuelo», desafiarlo! El tiempo de hablar, declaró Hitler, se había acabado. Haakon VII de Noruega debía ser encontrado y eliminado.

Al día siguiente, 11 de abril, Haakon se hallaba deliberando con sus ministros en una fonda de Nybergsund cuando el momento de tranquilidad se vio súbitamente alterado por el claxon de un coche, era la señal preestablecida de peligro inminente. El rey, su hijo y los ministros salieron a toda prisa de la fonda y corrieron hacia una arboleda cercana, donde se echaron cuerpo a tierra mientras seis bombarderos en picado acribillaban la aldea y la arboleda con fuego de ametralladora. Los aviones viraron y dieron varias pasadas más, ametrallando y descargando bombas incendiarias. Cuando el ataque acabó al fin, los líderes

de Noruega —empapados, ateridos y cubiertos de sangre por los arañazos— se pusieron en pie con dificultad. Nybergsund estaba envuelta en llamas, pero, sorprendentemente, la incursión tan solo había causado dos bajas y las dos locales. Cuando uno de los bombarderos fue derribado, algunos días más tarde, se halló el diario del piloto, con la siguiente entrada: «El rey, el Gobierno, todo aniquilado [...]».

Haakon y su grupo volvieron a encaminarse hacia el norte, hacia el paisaje salvaje, montañoso y cubierto de glaciares del centro de Noruega. Su convoy de vehículos, pintado de blanco para camuflarse, avanzó con lentitud siguiendo estrechas y rudimentarias carreteras bordeadas por elevadas cumbres y abismos escarpados que parecían no tener fondo. Algunos coches se averiaron o quedaron atrapados en la nieve y más de una vez, durante las dos semanas siguientes, Haakon, quien viajaba en un coche conducido por su hijo, quedó separado de sus ministros, sin que ninguno de ambos grupos supiera dónde estaba el otro o si quedaba alguien con vida. Los aviones alemanes les seguían sin descanso y bombardeaban y ametrallaban todos los lugares en los que pensaban que podrían estar. Al primer sonido o visión de un avión, el rey y su grupo se ponían a cubierto en el refugio más próximo; árboles, una roca, cualquier cosa que pudiera servir para ocultarse detrás o debajo de ella. Durante aquellos largos días de comienzos de primavera, se detenían allí donde podían bien para descansar, despachar asuntos oficiales, intentar averiguar qué estaba ocurriendo en el resto de Noruega o para consultar de manera intermitente con los diplomáticos británicos, franceses y estadounidenses, los cuales hacían todo cuanto podían por mantenerse en contacto con ellos. No obstante, los informes de la inevitable llegada de tropas o de aviones alemanes les obligaban siempre a continuar.

A PESAR DE SU PASADO VIKINGO, LOS NORUEGOS, COMO OBSERVARÍA tiempo después uno de sus líderes, no eran «buenos para odiar». Sin embargo, a la mayoría de noruegos no les llevó mucho tiempo llegar a sentir un odio visceral hacia los alemanes. Estos eran, en palabras de Sigrid Undset, «un ejército de forajidos que había venido a vivir donde no había construido, a cosechar allí donde no había sembrado y a gobernar sobre un pueblo al que nunca había servido». El desafiante rechazo del rey a las exigencias germanas sirvió de estímulo para la resistencia nacional. Alemania había conquistado todos los puertos principales de Noruega, pero no el interior del país y, una vez disipado

el efecto del choque y la confusión inicial, los noruegos comenzaron a resistir. Durante los días que siguieron a la invasión, miles de jóvenes recorrían el campo para tratar de encontrar unidades del ejército a las que poder incorporarse.

En un principio, el ejército era un caos. Su comandante en jefe, desmoralizado, estaba a favor de la rendición o de negociar con los alemanes. Con el apoyo del rey Haakon, el gabinete lo reemplazó por el general Otto Ruge, antiguo jefe de Estado Mayor, de rasgos arrugados y elevada estatura. Ruge reunió un ejército de 40 000 hombres creado a partir del torrente de ciudadanos voluntarios que acudía desde ciudades y pueblos a pie, en esquí, en bicicletas, camiones y autobuses. Aunque muchos de ellos eran excelentes tiradores que habían cargado con sus propios fusiles y pistolas, carecían de artillería, tanques, armas anticarro o apoyo aéreo para sus escaramuzas contra las bien equipadas y entrenadas tropas enemigas.

La estrategia de Ruge consistía en ganar tiempo, contener a los alemanes en el sur lo suficiente para permitir una retirada en orden y estabilizar el frente en el centro de Noruega. «Con las débiles e improvisadas fuerzas de que disponemos, nos resultaba imposible entablar ninguna batalla decisiva antes de que los aliados acudan en nuestra ayuda –recordaría más tarde–. Nuestras reducidas fuerzas combatieron sin respiro, sin reservas, siempre en la línea de frente, contra artillería pesada, tanques y bombarderos [...] durante tres semanas, nuestras divisiones resistieron hasta que, por fin, los aliados comenzaron a llegar».

A pesar de los llamamientos, cada vez más desesperados, que llegaban de Noruega, a los británicos les llevó casi una semana reunir una expedición para acudir en su auxilio. Aun así, como observó Ruge, los británicos deberían haber comprendido que minar las aguas de Noruega iba a provocar una respuesta alemana, pero el Gobierno de Chamberlain quedó tan sorprendido por la invasión como los mismos noruegos. «La idea de una operación de esta magnitud contra Escandinavia nunca me había pasado por la cabeza –confesó el general Hastings «Pug» Ismay, secretario del Comité de Defensa Imperial, cuyos miembros incluían el Gabinete de Guerra y los responsables de los servicios militares–. Hasta donde yo sabía, no teníamos ni rastro de un plan para poder afrontarlo».

Para empeorar aún más la situación, los comandantes militares británicos no sabían apenas nada de Noruega y de su terreno. «No había mapas –afirmó un oficial–. Teníamos que arrancarlos de libros de geografía y enviar [a alguien] a la agencia de viajes noruega a com-

prar una Baedeker. Reunimos un montón de folletos de propaganda de viajes procedente de la embajada noruega y de unas cuantas agencias turísticas». Las fotos de esos folletos, añadió, «nos proporcionaron la única idea de cómo iba a ser nuestro futuro teatro de operaciones». Los británicos, como afirmaría un historiador noruego, no tenían el más mínimo «conocimiento elemental de cómo era Noruega».

Cuando las fuerzas terrestres británicas desembarcaron por fin en la zona centro del país, los oficiales noruegos se quedaron atónitos ante la falta de equipo y entrenamiento de aquellas inexpertas tropas. Aunque buena parte del país todavía estaba cubierta de nieve y hielo, casi ninguno de los soldados británicos había sido equipado con raquetas de nieve o esquís. También carecían de casi todo lo necesario: transporte, artillería, armas antiaéreas, equipo de comunicaciones, cobertura de caza, equipo médico e incluso víveres.

Martilleados por la Wehrmacht y ametrallados por la Luftwaffe, las bisoñas tropas británicas fueron arrolladas. «¡Nos han masacrado! ¡Simplemente masacrado! —explotó un joven alférez después de que una batalla se hubiera saldado con la derrota de las fuerzas británicas—, ¡Ha sido un completo espanto!». Leland Stowe, reportero del *Chicago Daily News* que cubría la campaña británica, se referiría más tarde a ella como «una de las más costosas e inexplicables chapuzas de la historia militar». Desconsolado, el general Edmund Ironside se hizo eco de ese mismo sentimiento. Ironside, quien, como jefe del Estado Mayor Imperial, estaba al mando del Ejército británico, escribió en su diario: «Siempre demasiado tarde. Planes que cambian y nadie que dirija. Me voy a dormir muy disgustado por nuestra incompetencia».

Poco después de que los británicos desembarcasen en Noruega, el Gobierno de Chamberlain canceló el ataque previsto sobre el puerto clave de Trondheim. Más avanzado abril, y sin informar al Gobierno o al Ejército noruego, decidió abandonar el centro del país solo nueve días después de que sus tropas hubieran llegado. Cuando el 28 de abril, y a pesar de que se le había ordenado que no lo hiciera, un avergonzado comandante británico informó a Ruge de la evacuación, el general noruego respondió: «¡Entonces, Noruega deberá sufrir el mismo destino que Checoslovaquia y Polonia! Pero, ¿por qué? ¿Por qué? ¡Sus tropas todavía no han sido derrotadas!». Embargado por la furia, abandonó la sala. Tras recuperar la compostura, regresó y le dijo a su homólogo británico: «Dígame, por favor, qué puedo hacer para ayudarle a ejecutar sus órdenes». Durante las próximas cuarenta y ocho horas, las fuerzas de Ruge apoyaron la retirada de los británicos hacia la costa.

Un día después de que Ruge supiera de la evacuación, la administración británica envió el crucero Glasgow para recoger al rey Haakon y a sus ministros en la bella localidad costera de Molde, su último refugio, para llevarlos al norte, a Tromsø, una pequeña comunidad situada unos 320 km al norte del círculo polar. «¡Van a dejar que nos maten!», exclamó el ministro de Exteriores, Halvdan Koht, cuando él y otros miembros del Gobierno fueron informados de la retirada de las tropas británicas. Aun así, Koht y el resto de miembros de la administración no podían hacer otra cosa que partir. Molde, después de más de un día de intenso bombardeo alemán, se había convertido en un infierno. Las bombas explosivas e incendiarias silbaban y estallaban y reducían casas, tiendas, iglesias y fábricas a poco más que escombros.

A última hora de aquella tarde, un grupo de coches que transportaba a la realeza y a los cargos gubernamentales atravesó la localidad a toda velocidad, esquivando muros de llamas y lluvias de vidrios rotos. Fue, como dijo más tarde uno de los cargos, «como conducir a través del infierno». Buena parte del puerto estaba también ardiendo y cuando el grupo del rey accedió al muelle donde el crucero estaba atracado, las mangueras de extinción de incendios del buque lanzaban agua sobre el gran incendio.

Mientras Haakon y sus acompañantes embarcaban en el Glasgow, docenas de marinos británicos y soldados noruegos trabajaban frenéticamente para cargar cientos de cajas de oro —las reservas de Noruega— en las bodegas del crucero. Después de haberlas sacado del Banco de Noruega de forma clandestina y de haberlas enviado a un peregrinaje campo a través tan peligroso como el del rey, el oro había sido almacenado en el sótano de la fábrica textil de Molde. Aquella noche, mientras la factoría ardía, civiles y tropas noruegas lucharon contra el humo, las llamas y las vigas que caían para recuperar el metal y cargarlo en camiones, que partían a toda velocidad al puerto.

Tan solo se había podido cargar a bordo del Glasgow la mitad del oro cuando el embarcadero en el que el buque estaba atracado se incendió también. El capitán del crucero ordenó interrumpir el embarque y dio orden de todo a popa. Consiguió escapar, llevándose consigo la mitad del embarcadero, en un violento zigzag por el fiordo, hacia mar abierto.*

* El resto del oro fue estibado en pesqueros pequeños, que también consiguieron llegar hasta Tromsø. Desde allí, todas las reservas fueron enviadas a Estados Unidos y Canadá para su custodia.

CON HAAKON A SALVO DE LOS ALEMANES, AL MENOS POR EL MOMENTO, y con las tropas británicas de regreso a casa desde el centro de Noruega, las fuerzas de Ruge se rindieron a las tropas germanas el 3 de mayo. En Gran Bretaña, el anuncio de Neville Chamberlain de la evacuación dejó sin palabras a sus compatriotas; saber que la más grande potencia naval del mundo había sido humillada por Alemania provocó una oleada de furia y temor que embargó a toda la nación.

Conscientes de que se enfrentaban a un desastre político, Chamberlain y sus ministros buscaron una cabeza de turco. En una reunión del Gabinete de Guerra, Winston Churchill, quien, como primer lord del Almirantazgo, había sido el principal arquitecto de la improvisada campaña noruega, afirmó que «debía achacarse la culpa a los neutrales, y no a nosotros, y debemos aprovechar cualquier oportunidad para sacar a relucir ese punto». Churchill siguió su propio consejo y declaró ante la Cámara de los Comunes: «La estricta observancia de la neutralidad por parte de Noruega ha sido una de las causas que han contribuido a generar los sufrimientos a los que ahora se ve expuesta y a limitar la ayuda que podemos darle». Muchos miembros del Parlamento, no obstante, rehusaron aceptar el argumento de Churchill. La insatisfacción con respecto a la dilatoria conducción de la guerra por parte de Chamberlain fue puesta de relieve durante dos días de cáustico debate en la Cámara, el 7 y 8 de mayo. A su conclusión, el primer ministro ganó, por poco, un voto de confianza.

Mientras tanto, los noruegos continuaron resistiendo. Aunque la guerra en el sur y en el centro de Noruega había finalizado, una fuerza aliada* situada en el lejano norte y compuesta por tropas británicas, francesas, polacas y noruegas se estaba imponiendo poco a poco a los alemanes en la lucha por el crucial puerto de Narvik. Pero, el 10 de mayo un tsunami de acontecimientos relegó al olvido la guerra en Noruega. A primera hora de la mañana de ese día, millones de tropas alemanas, apoyadas por oleadas de tanques y aviones, avanzaron sobre Holanda, Bélgica y Luxemburgo en un asalto relámpago desde el mar del Norte hasta el río Mosela. Tras haber sido puesta a prueba en Polonia y Escandinavia, la *Blitzkrieg* de Hitler se disponía ahora a partir en dos el mismo corazón de Europa.

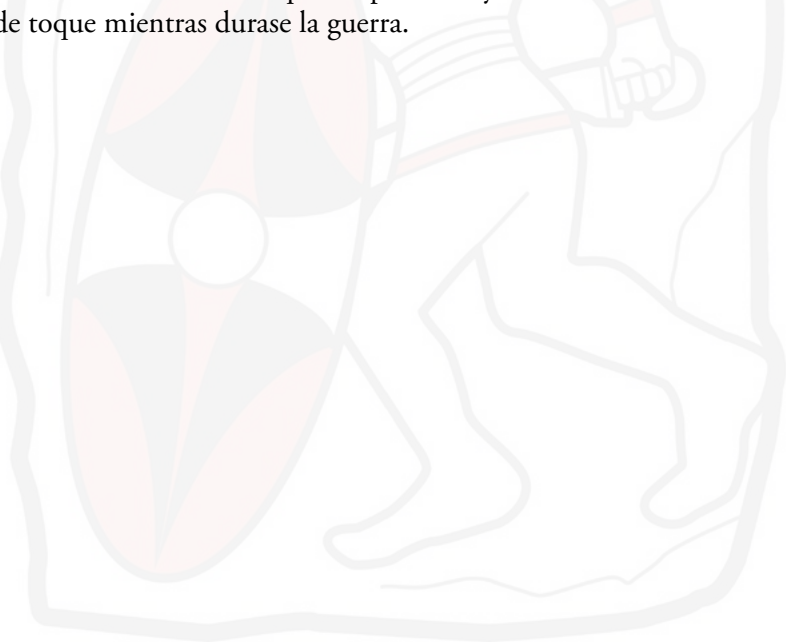
Esa misma tarde, Neville Chamberlain, persuadido de que ya no contaba con la confianza de la mayoría de su partido, y tras ser infor-

* N. del T.: Entre las fuerzas aliadas enviadas había unidades de la Legión Extranjera, en las cuales combatían republicanos españoles.

mado de que ni los miembros del Parlamento liberales ni los laboristas se unirían a un gobierno de coalición bajo su liderazgo, aconsejó al rey Jorge VI que convocase a Winston Churchill para proponerle el cargo de primer ministro. Años más tarde, Churchill reconocería que «considerando el papel prominente que desempeñé [en el desastre de Noruega] [...] fue un prodigio que sobreviviera». Pero Churchill, el más destacado opositor de la política de apaciguamiento de Chamberlain, era visto, y con razón, como la única figura política de Gran Bretaña con la energía, ímpetu y determinación para dirigir el país durante la guerra.

El 13 de mayo, demostró su oficio guerrero con un inspirado discurso en la Cámara: «¿Me preguntan cuál es nuestro objetivo? —manifestó—. Puedo responderles con una única palabra: victoria. Victoria a cualquier coste; victoria a pesar de todos los terrores; victoria, por más largo y duro que sea el camino». Esta sola palabra, por más alejada que parecía estar de la realidad en aquellos primeros y oscuros días, sería su piedra de toque mientras durase la guerra.

DESPERTA

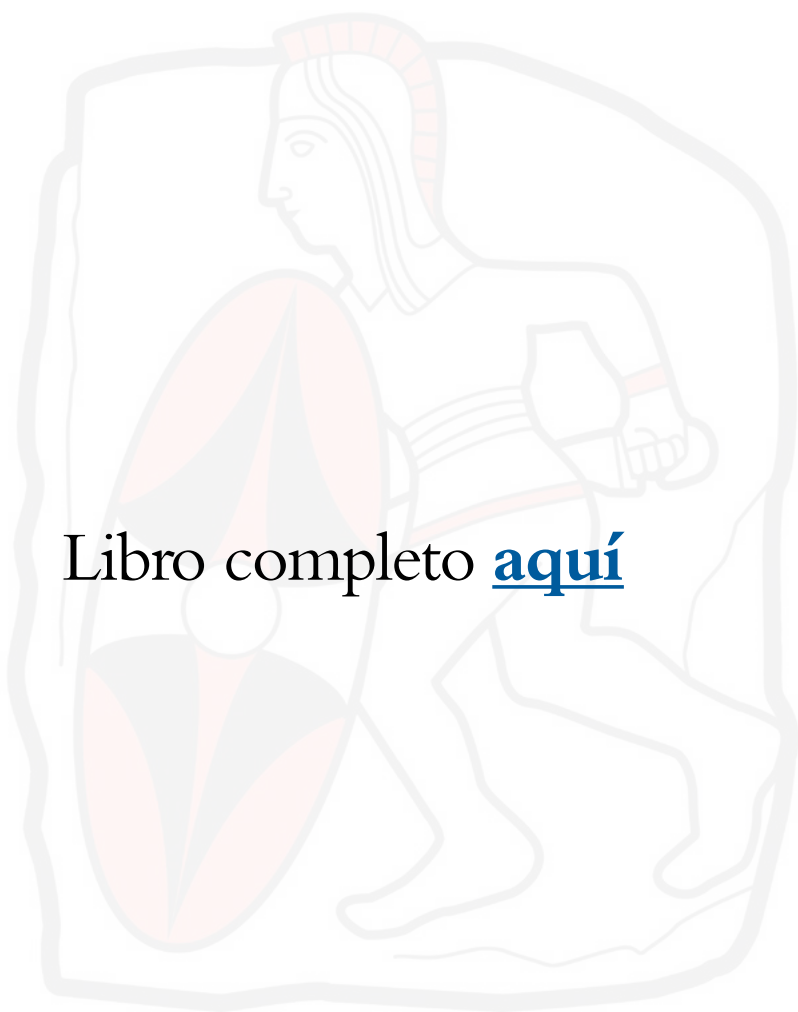


EDICIONES

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



"Vibrante"
The Times

"Excitante,
conmovedor"
The Guardian

"Fascinante"
Financial Times

"Deja sin
respiración"
The Washington Post

Cuando la *Blitzkrieg* arrolló Europa en 1940, Inglaterra se convirtió en el último refugio para aquellos que pudieron escapar de la bota alemana, la última democracia que sobrevivía en el Viejo Mundo. Alcanzar la isla era, en palabras de un refugiado polaco, «alcanzar el paraíso».

La isla de la esperanza aborda una historia pocas veces narrada, la de cómo desde Inglaterra los exiliados de media Europa –polacos, checos, daneses, noruegos, holandeses, belgas, franceses...– intentaron sacudir el yugo nazi de sus países.

Lynne Olson entreteje una narración vibrante a partir de las experiencias de un elenco de personajes dispares. Monarcas como Haakon VII o Guillermina de Holanda, que con sus alocuciones radiofónicas mantuvo la moral de sus compatriotas. O como el intrépido lord Suffolk, que rescató en Francia a dos físicos nucleares. Pero también honra a héroes anónimos cuyos esfuerzos ayudaron a volver las tablas contra el Eje: el sacrificio de los pilotos polacos durante la batalla de Inglaterra; la contribución vital de los descifradores franceses y polacos para quebrar el código Enigma; o la red de espías tejida a lo largo y ancho de la Europa ocupada que, con su inteligencia, ayudó a asegurar el éxito del Día D.

Un intenso relato de exiliados, espionaje y acciones de comando, como un *Casablanca* literario pero sin perder ápice de rigor, acerca de unos días decisivos en los que estuvo en juego la libertad de Europa.

ISBN: 978-84-946499-9-8



P.V.P.: 26,95 €

SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL